

Se la concedan, y ellos,
Aunque es tan galán Rodolfo,
Y en todo tan caballero,
Por ver su hija condesa,
Al punto allí le ofrecieron
Que acabada la campaña
Se cumplirán sus deseos.
De estos lances á Casandra
Le dieron noticia luego:
No les responde á sus padres;
Pero allá es tre si ha dispuesto
El avisarle á Rodolfo,
Diciéndole: «Amado dueño,
»Sabrás pues que el conde Enrique
»Con mis padres ha dispuesto
»Que acabando la campaña
»Se case conmigo luego;
»Pero si tú eres mi esposo,
»No es válido su precepto
»Llévame, mi bien, contigo,
»Que á seguirte yo me ofrezco
»A España, Francia ó Italia,
»Que tu gusto es mi precepto.»
Rodolfo, viendo fineza
De tanto valor y aprecio,
Le dice: «Dueño del alma,
»Tanto favor no merezco;
»Mas puesto que estás dispuesta,
»Yo también hago lo mismo,
»Y así dentro de seis días
»A llevarte me resuelvo
»A Roma, dueño querido,
»Donde tengo ricos deudos
»Que nos hospeden, y allá
»Será nuestro casamiento.»
Esto le dice en la carta,
Firmándola con su sello:
«Rodolfo, tu dulce esclavo,
»Aunque yo no lo merezco.»
Mil veces besó la carta,
Recreándose en su sello.
Tiene Casandra una amiga,
Archivo de sus secretos,
Con que para darle cuenta
De lo que ya dicho dejo,
A Felisarda, que así
Era su nombre, ha dispuesto
Una florida mañana
De mayo, alegre y risueño,
A la orilla del Danubio
Salir á tomar el fresco.
La acompañó Felisarda,
Y paseándose fueron,
Y porque no las escuchan
Se metieron en lo espeso
De la orilla del Danubio,
Donde estaban encubiertos
Diez turcos, que á las dos damas
Aprisionan al momento,
Sin que nadie en aquel sitio
Pueda ver este suceso:
Las llevan á una fragata
De dos turcos caballeros,
Hijos de un bajá; y Azen,
Que es el mayor, al momento,
De Casandra enamorado,
Ardía en vivos incendios.
Ahí, que era el menor,
Ha puesto todo su afecto
En Felisarda, y en fin,
Con amorosos requiebros
A Constantinopla llegan
Alegres con tal suceso.
Mas las dos hermosas damas
Con lágrimas y lamentos
Lloran su triste pasión
Y su infeliz cautiverio.
Dice la hermosa Casandra,
Vertiendo perlas su cielo:

—¡Ah miserable fortuna,
Y qué mudanza has dispuesto!
¡Ay, Rodolfo, esposo mío,
Amado y querido dueño!
Tu esposa es misera esclava,
Sin poderte avisar de ello,
Porque si tú lo supieras,
Segun de tu afecto creo,
Aunque á costa de tu vida,
Tuviera mi mal remedio;
Mas adios, esposo, adios,
Que ya verte mas no espero.—
Y en otra segunda parte
Daré fin este suceso.

(Rodolfo y Casandra, Pliego suelto.)

¹ Hungría no es una ciudad, sino un reino; pero para el vulgo y el poeta, que del vulgo sería, lo que les importaba era el interés y lo maravilloso del romance, y no la exactitud geográfica ni histórica.

² Exageración propiamente de los habitantes del Mediodía.

1268.

RODOLFO Y CASANDRA.—II.

(Anónimo.)

Ya dije cómo quedaron
En infeliz cautiverio
Las dos damas, y Rodolfo
Quedó en un castillo preso.
Volvamos á las cautivas,
Que con cariño y respeto
Las tratan los dos hermanos
Alí y Azen, porque el fuego
Que ardía en sus corazones
Es ardiente Mongibelo.
Azen á Casandra adora,
Y en aqueste mismo tiempo
Alí quiere á Felisarda
Con cariñosos anhelos;
Pero Casandra es un riesgo,
Un escollo contrapuesto
A los embates del mar
Como á las iras del viento.
Mas no fué así Felisarda,
Que en breve tiempo rindiendo
El castillo de su honor,
Ahí cumplió sus deseos.
Viendo Azen que no podía
De Casandra hacer lo mismo,
Mandó que la despojasen
De sus galas y su aseo,
Le vistan tosco vestido,
Y la casa esté sirviendo
Entre las demas esclavas,
Solo por ver si con esto,
Ya que no puede el cariño,
La rinde el mal tratamiento.
Todas, en fin, la agraviaban,
Dándole poco sustento.
Ella, con lágrimas tristes
Por sus mejillas corriendo,
Las empapaba en los labios
Por poder llorarlas luego:
Aquellas hermosas manos,
Que corazones rindieron,
Heridas y ensangrentadas
Las mira en suspiros tiernos.
De todas estas desdichas
La que mas hiere su pecho
La memoria es de Rodolfo,
Su amado, querido dueño.
Viendo Azen que no podía
Ni con rigor ni con ruegos
Ablandar ya de Casandra
Su noble corazón, yendo
Al cuarto de Felisarda,
Le dice: —Hermana, yo muero

Del incendio en que me abraso
Al ardiente Mongibelo;
Mi hermano ha sido dichoso
Pues tú pagaste su afecto;
Yo muero desesperado
Sin tener ningún remedio.—
La cruel le respondió:
—Tú tienes la culpa de eso:
Pues los ruegos no la ablandan,
Ni la mueven los desprecios,
Apela en fin á la fuerza,
Que yo, hermano, te prometo
De ponerla en parte donde
Puedas lograr tus deseos.—
Azen, en fin, aunque noble,
Y que conoce que es yerro,
La pasión en este lance
Le quitó el conocimiento,
Y aceptó de aquella fiera
El infame ofrecimiento;
Y Felisarda á Casandra
Llamando luego al momento,
Le dice: —Casandra mía,
Ya sabes lo que te quiero,
Ya sabes que soy cristiana,
De nobles padres y deudos,
Y ya sabes el estado
Que mi desdicha me ha puesto,
Y para enmendar el daño
Ya en lo hecho no hay remedio;
Pero en esta misma noche,
Casandra mía, he dispuesto
Con dos moros, que me saquen
De este cruel cautiverio,
Dándoles yo alguna plata
De la mucha que poseo:
Yo no he de dejarte sola,
Quédate aquí en mi aposento,
Y en punto de media noche
Entrambas á dos iremos
Al sitio ya señalado,
Y has de guardarme el secreto.—
Agradecida Casandra
Las manos le besa, y luego
En punto de media noche
Entrambas á dos salieron,
Y Azen, que estaba en aviso,
Sus pisadas va siguiendo.
La metió en medio de un monte,
Y luego en lo mas espeso
Aquel fiero cruel
Le dice: —En aqueste puesto
He de aguardar á los moros,
Segun ellos me dijeron.—
A este tiempo llegó Azen,
Y con cruel fingimiento,
Les dice: —Aleves, traidoras,
Villanas, pues ¿cómo es esto?
¿Qué fuga es la que intentais?
Mas la vengará mi acero.—
Y Casandra de rodillas,
Vertiendo perlas su cielo,
Le dice: —Azen valeroso,
No es traición el querer vernos
En nuestra patria, señor,
Libres de tal cautiverio:
Si tú estuvieras cautivo
Hicieras, señor, lo mismo.—
Apartóse Felisarda
Para dar lugar al hecho.
Azen con grandes cariños
Procura y con muchos ruegos
Le pague su torpe amor;
Y el engaño conociendo,
Como sangrienta leona
Que le roban los hijuelos,
En defensa de su honor,
A pesar de todo riesgo,
Con Azen llegó á los brazos,

Y así luchando estuvieron
Gran rato, hasta que rendida
Cayó; pero defendiendo
Con los pies y con las manos
Su honor casto, puro y terso.
Mas viendo que no la deja,
Acudió al postrer remedio
De las voces, por si acaso
Podía obligar al cielo.
El Príncipe, que venía
A cazar con sus monteros,
Apénas oyó las voces,
Se dirigió hácia los ecos.
Le dice: —¡Perro! ¿qué haces?—
Pero Azen, como está ciego,
Al Príncipe le tiró
Una cuchillada fiero,
Y alcanzándole en un hombro
Lo hirió; mas al mismo tiempo
El Príncipe le tiró
Un pistoletazo fiero,
Con que hiriéndole en un muslo
Quedó tendido en el suelo,
Y tocando la bocina,
Acudió la guardia luego.
Mandó que á Azen lo llevasen
Con toda su guardia preso,
Y á Casandra y Felisarda
Lleven á palacio luego.
Al Gran Señor le dan cuenta,
Que reconociendo el hecho,
La traición de Felisarda,
Y de Azen el vituperio,
La constancia de Casandra,
Mandó que luego al momento
A Felisarda y á Azen
Les despedacen sus cuerpos,
Y Casandra vaya libre
Con su pasaporte regio,
Y le den para el camino
De cequies setecientos.
Ejecutóse el mandato
Del Gran Señor al momento:
Casandra con su despacho
A Belgrado partió luego,
Adonde allí se informó
Y supo por muy extenso
Que Rodolfo había escalado
El castillo, conociendo
De su prisión lo penoso,
Sin tener ningún remedio,
Y que se presume estaba
El ejército siguiendo.
De la Reina su señora
Contra Trasia, y con anhelo
Se vistió en traje de hombre,
Y partió á la Trasia luego.
Sentó plaza de soldado,
El ejército siguiendo
Como es hermoso y galán,
Le estiman sus compañeros,
Y con notable fortuna
Hizo tantos grandes hechos,
Que el general de la Reina
Hacia con él extremos,
Y por sus muchas hazañas
Subía de puesto en puesto.
Llegado á ser brigadier,
Ni un instante, ni un momento
De su general se aparta,
Tomando siempre el consejo
De Astolfo, que así se puso;
Pero en muchísimo tiempo
No encontró lo que buscaba,
Que era su mayor deseo.
Y un día que con los jefes
Están de la plaza en medio,
Vido venir un soldado
Que reconoce al momento,

Y apartándose de todos
Lo llamó, y él acudiendo,
Con el sombrero en la mano,
Decía: — ¡Jesus! ¿qué es esto?
¿A no ser este señor
Quien tanta bazaña aquí ha hecho,
Dijera que era Casandra!
¡Ay dulce adorado dueño!
¿Qué me manda Vuxcelencia?
— ¡Di cuál es tu patrio suelo.
— Yo, señor, soy de la Hungría,
Fui rico y noble en efecto;
Pero por una señora
De aquesta suerte me veo,
No porque ella tenga culpa,
Porque es un ángel del cielo,
Sino porque la fortuna
D'esta suerte lo ha dispuesto.—
En fin, contóle su historia
Con suspiros y lamentos.
Cuando mentaba á Casandra
Lloraba suspiros tiernos.
Ella le dice: — Eres noble,
Yo quisiera desde luego
Que dejes de ser soldado,
Y esto ha de ser con protesto
Que si no fuere tu gusto,
Yo violentarte no quiero.
— Señor, tau grande favor
Mucho lo estimo y aprecio,
En mi tendréis un esclavo;
Pero solamente siento
El no acertar á servirlos.
— No te dé cuidado de eso,
Dijo Casandra, que yo
De que me sirvas me alegro.—
A su tienda lo llevó,
Haciéndole de ella dueño;
Mas ¡qué mucho si en su alma
Tenia absoluto imperio!
A este tiempo una batalla
Se dió al prusiano soberbio,
Adonde fué su valor
Asombro del campo mesmo.
Al general de Palmira
Le hizo su prisionero,
Por cuya bazaña invencible
La Reina le ha dado el puesto
De virey de las Hungrías,
Y á su tierra partió luego.
Nombró por su secretario
A Rodolfo desde luego:
Fué en Hungría recibido
De damas y caballeros;
Mas los padres de Casandra,
Viendo á Rodolfo, pidieron
Que les guardase justicia
Con su secretario nuevo.
Haciéndole allí los cargos
Y sustanciado el proceso,
Mandó que luego al instante
A Rodolfo pongan preso,
Y pongan dobladas guardias
Porque no se vaya, y luego
Ella misma aquella noche
Le rondaba con desvelo.
Rodolfo estaba confuso,
Y entre sí estaba diciendo:
— ¡Quien se fia en las palabras
De señores no es muy cuerdo!—
Otro día de mañana
Acudió todo el consejo:
Sacan en fin á Rodolfo,
Y ella dice: — ¡Di, ¿qué has hecho,
Rodolfo, de estas dos damas?
Que tu vida corre riesgo.—
El, bincado de rodillas,
Le dice: — Señor, no puedo
Decir mas de lo que os dije,

Señor, en el campo nuestro;
Mas pues ya perdí á Casandra,
Manda derribar mi cuello.—
No quiso afligirle mas,
Se levantó del asiento,
Al cuello le echó los brazos;
Le dice: — Querido dueño,
Tu esposa Casandra soy,
Y lo seré en todo tiempo.—
Corrió en la ciudad la nueva,
Y todos los caballeros
A su casa la llevaron,
Donde contó por extenso
De la infeliz Felisarda
El trágico fin sangriento.
Los desposaron, y Enrique
El conde, con noble pecho
Se ofreció por su padrino;
Luego unas honras se hicieron
Por la infeliz Felisarda,
Que Dios la tenga en el cielo.

(Rodolfo y Casandra, Pliego suelto.)

1269.

LA PEREGRINA DOCTORA.— I.
(De Juan Miguel del Fuego.)

Soberana luz brillante,
Madre de! divino Verbo,
Amparo de pecadores,
Palma, luz, libano y huerto;
Dad á mi pluma la gracia,
Que si la logro pretendo
Contar un caso admirable
De los muchos que habeis hecho.
En la ciudad de Lisboa
Y en su lusitano pueblo
Vivia un gran potentado,
Tan noble y tan caballero,
Que general de las tropas
Lo hizo su rey Don Pedro.
Le llaman Don Alejandro
De Figueroa y Sarmiento:
Este tal era casado
¡Con qué pena lo refiero!
¡Con qué pesares lo digo,
Y con qué dolor lo siento!
Con una preciosa dama,
Con un peregrino objeto,
Con la mujer mas hermosa
Que habia en todo aquel reino,
Tan discreta y tan bizarra,
Que si á Vénus eligieron
Por diosa de la hermosura,
Dando la manzana en premio,
En Doña Ines con mas gracia
Se hallan Pálas, Juno y Vénus.
Se llama aquesta señora
Doña Ines Portocarrero;
Su esposo Don Alejandro,
Que adora sus pensamientos,
La tierra que pisa besa,
Y de continuo en su pecho
La idolatra retratada,
Que este es su mayor consuelo.
Este tal tiene un hermano
Dentro en su palacio mesmo,
Que le llaman Federico,
Liviano, altivo y soberbio.
Aqueste se queda en casa
Para despachar los pliegos
Cuando el hermano salia
A cumplir con sus empleos,
Siendo pirata de esclavos
Y verdugo de los negros,
Enfado de las doncellas
Que le estaban asistiendo,
Porque á todos les servia

De muy gravísimo peso,
Que lo que pasa en palacio
En todo se está metiendo.
Este tal se enamoró,
Con mal nacidos intentos,
De la mujer de su hermano
Doña Ines Portocarrero:
Anda triste y desvalido,
Sin color y amarillento;
Hasta las aves le enfadan
Cuando vuelan por el viento.
En fin, se determinó
Cierta día, en unos versos
Que su esposo la escribió
Echando un papel en medio,
Darla parte de su amor
Con infernales intentos.
Tomó Doña Ines la carta
Con alegría y contento,
Por ser de Don Alejandro
Su consorte y compañero.
Estándola repasando,
Reparando en aquel pliego
Que estaba muy poco hollado
Y escrito de poco tiempo,
Rompió la nema, y al punto
Que ha comenzado á leerlo,
En su presencia lo arroja,
Hecho pedazos, al viento.
¡Detente, mujer heróica,
Guarda el papel en tu pecho,
Que podrá ser que te sirva
Algun día de provecho!
Mas en fin, ya lo rompió,
¡Qué lástima! no hay remedio.
Mas viendo Don Federico
El desaire que le ha hecho,
Colérico y enojado
Brotó por los ojos fuego;
Mas ella disimulaba,
Y á solas está diciendo:
— ¡Quien ha de guardar mi honor,
Quiere ofender mi respeto!
Mire por sí Federico,
Y respétese á sí mesmo,
Supuesto que dos hermanos
Son dos almas en un cuerpo.—
No le quiso decir mas.
El se metió en su aposento,
Maldiciendo su fortuna,
Jurando por los cielos,
Que á pesar de todo el mundo
Ha de lograr sus intentos.
Miró Doña Ines un día
A Don Federico atento,
Y le vido que traia
El rostro muy descompuesto,
Y que le estaba brotando
La ponzoña y el veneno;
Mas ella como discreta
Entre sí estaba diciendo:
— Aqueste quiere intentar
Un villano atrevimiento,
Mas ántes que lo ejecute
Yo quiero poner remedio.—
Mandó al punto que viniesen
Albañiles y arquitectos,
Y que en medio del jardin
Hiciesen de jaspe negro
Unas bóvedas curiosas
Pintadas con azulejos,
Cuanto cupiese una cama,
Mesa, silla é instrumento,
Y que á la puerta le pongan
Unas barretas de hierro,
Cuanto se pueda por ellas
Meter el mantenimiento,
Con su golpe como cárcel,
El pestillo fuerte y recio.

En breve tiempo se hizo;
Que en donde sobra el dinero
Muy presto se facilita,
Por largo que sea, el tiempo.
De que estuvo aderezada
Con su cama y lucimiento,
Llamando á Don Federico
Doña Ines Portocarrero,
Le dice: — Hermano mio,
Porque muy triste te veo,
Quiero llevarte al jardin
A ver los árboles bellos,
Verás una arquitectura
Hecha por un buen maestro,
Para en viniendo mi esposo
Que salga á tomar el fresco.—
De que oyó estas razones,
Se alegró con grande extremo,
Que entendió ya que la rosa
Se iba convirtiendo en celos.
Se fuéron hácia el jardin:
Viendo aquel casino ameno,
Con la cama tan curiosa,
Le dió el corazón un vuelco,
Diciendo: — Aquesta es mi suerte,
Hoy se logran los deseos.—
Mas díjole Doña Ines
Con engañosos intentos:
— Entre usted, Don Federico,
Toque usted ese instrumento
Mientras yo cojo unas flores
De las mejores del huerto.—
Hizo lo que le mandó,
Y apenas le vido adentro,
Cuando tirando la puerta
Con muy varonil esfuerzo,
Se quedó al golpe cerrada
Y Federico allí preso,
Diciéndole: — Aquí se pagan
Malicias y atrevimientos.—
De que oyó aquestas razones
Tiró al suelo el instrumento;
Escarba, bufa y pateá,
Parece un leon sangriento;
Jura que se ha de vengar
A pesar del mundo entero.
¡Si el papel no hubiera roto
No se viera en este espejo!
Ella se fué á su retrete,
Dejándolo en cautiverio.
Cuando vienen á palacio
Visitas de caballeros,
De señoras principales,
De sus parientes y deudos,
Cuando preguntan por él
Dice Doña Ines á tiempo,
Que le ha dado un accidente
Y un frenesí descompuesto,
Que allí lo tiene metido
Para tenerlo sujeto;
Que los regalos del mundo
De sobra los tiene dentro.
Desde entónces Doña Ines
Despachó todos los pliegos
Diciendo que está su hermano
Melancólico y enfermo.
De allí á seis meses se supo
En la corte por muy cierto
Cómo el campo se levanta
De los reyes, por convenio
En dar treguas á la guerra,
Y que próspero y contento
Viene ya Don Alejandro
Echando plumas al viento.
Doña Ines á Federico
Le llevó un vestido nuevo,
Un caballo enjaezado,
La peluca y el sombrero,
Un maestro que lo afeite,

Diciéndole que ligero
Salga á recibir su hermano
Con ambos brazos abiertos,
Sin darse por entendido
Del intentado suceso;
Que lo que ha hecho con él
El debía agradecerlo.
Con esto abrióle la puerta,
Aunque con algun recelo;
Y él no se quiso vestir,
Que con el ropaje mismo
Y sin afeitarse, monta
En el andaluz soberbio.
El hermano que lo vió
Tan abominable y feo,
Le pregunta: — Hermano mio,
¿Cómo vienes tan borrendo?
¿Qué pesares te molestan?
¿Qué disfraces son aquestos?
Entonces le respondió
D'esta manera diciendo:
— Tu esposa tiene la culpa
De verme como me veo,
Porque no hice su gusto;
Que descansando en mi lecho,
Una noche me incitó
Echándome mil requiebros;
Pero yo la respondí
Dándole buenos consejos,
Y por aquesta ocasion
Me ha estado dando tormentos,
Y me ha tenido hasta ahora
En triste recinto preso.—
Don Alejandro, que escuchó
Tan terrible atrevimiento,
Como un mármol se quedó
Un largo rato suspenso,
Que quisiera que el abismo
Le sepultara en su centro;
Y entrando por el palacio
Le salió al recibimiento
Aquella blanca azucena,
Aquella joya sin precio,
A recibirlo en los brazos
Del alma, y él con despego
La pegó una bofetada
Con injuria de los cielos;
Y por no ver su hermosura
Mandó que cuatro monteros,
Que son hombres de mal alma,
La llevasen á un desierto,
Y que la saquen los ojos
Y el corazon de su centro,
Y en un paño se lo traigan
Para quedar satisfecho.
¿Qué lástima! ¿Qué dolor!
¿Qué pena! ¿Qué sentimiento!
¿Oh qué injusticia! ¿Qué agravio!
¿Qué castigo, sin deberlo!
Salen una noche triste,
Amparados del silencio
Aquellos facinerosos,
Y antes que rompiera Febo,
En un monte se hallaron
Tan encumbrado y espeso,
Que aquel dorado planeta
Que vive en el cuarto cielo
No ha podido con sus rayos
Descubrirle sus cimientos.
Estando en aqueste sitio
Arrimados á un gran fresno,
Antes de darla la muerte
Se disputaron primero
Aquella prenda del orbe,
Aquella joya sin precio.
Arman tan cruel batalla
Sobre el que ha de ser primero,
Que los cuatro parecían
Unos lobos carnívoros;

Pero la virgen María
Los aires bajó rompiendo
Con su hijo de la mano,
Sacro Niño y Rey inmenso:
La dice: — Devota mia,
Libre estás, no tengas miedo,
Que yo vendré á visitarte,
Aunque yo nunca te dejo:
Un leon te ha de traer
Proporcionado alimento,
Y aqueste te ha de guardar,
Que estés velando ó durmiendo.—
La Virgen y el bello Niño
Luego desaparecieron,
Quedándose Doña Ines
Confusa en su pensamiento,
Por saber de que un leon
La ha de dar el alimento.
Y en la segunda parte
Dará Juan Miguel del Fuego
Al oyente fin gustoso
Del suceso verdadero.

(La Peregrina doctora, etc. Pilego suelto.)

1270.

LA PEREGRINA DOCTORA.—II.
(De Juan Miguel del Fuego.)

Vamos ahora á los cuatro
Que se quedaron riñendo,
Que entre los tres dieron muerte
Al que era mayoral de ellos,
Y los otros que se hallaron
La jaula sin el jilguero,
La buscaron por el monte
Como caballo sin freno;
Mas viendo que no la hallan
Hicieron este concepto:
— ¡Muy bien habemos quedado!
¿Qué buena cuenta daremos
Allá de nuestras personas,
Del encargo que traemos!
Lo que podemos hacer
Con este difunto cuerpo,
Será sacarle los ojos,
El corazon, y en un lienzo
Se lo podemos llevar,
Y cumpliremos con esto.—
En breve lo ejecutaron,
Que fué diciendo y haciendo.
Dan la vuelta á palacio,
Y entregan en el pañuelo
El corazon y los ojos;
Y Don Alejandro atento,
Con cuidado preguntó
Por el otro compañero.
Todos juntos á una voz
Estas palabras dijeron:
— También se quedó en el monte,
Porque quiso muy soberbio
Profanar á Doña Ines,
Y lo matámos por eso,
Y en el monte se quedó
Por andar tan descompuesto.—
Volvamos á Doña Ines,
Que estando tomando el fresco
Sentada junto á una fuente,
Volviendo el rostro sereno,
Vió que venía el leon
Tan galan, tan halagüeño,
Tan hermoso, tan bizarro,
Que daba contento el verlo,
Y que en la boca traía
Un canastillo pequeño
Hecho con dos mil primores,
Todo de viandas lleno.
Hizola una cortesía,
Y lamiéndola los dedos

Le entregó el canastillo
A su señora y su dueño;
Y á la puerta de la cueva,
Paseándose y rugiendo,
Anda haciendo centinela,
Guardándola muy atento.
Al otro día siguiente
Volvió á hacer lo mismo,
Pasando todos los días
Las cosas que aquí refiero.
Vamos á Don Federico,
Que preguntó á los monteros
Si es verdad que la mataron,
Que les guardará el secreto,
Y que tambien les dará
Gran cantidad de dinero.
Todos dijeron que no,
Y contaron el suceso,
Y cómo quedó en el monte
Sin agraviarla en un pelo.
Don Federico responde:
— En el alma lo agradezco;
Todos juntos hemos de ir
A buscarla muy de cierto,
Antes hoy que no mañana,
Y á mi hermano le diremos
Que á una grande montería
Voy con otros caballeros.—
Salen del palacio y llegan
Al montuoso Pirineo,
A aquel encumbrado risco,
Peñas y montes subiendo;
Mas quiso su mala suerte
Que con la bóveda dieron
Dónde Doña Ines estaba
Para perdición de ellos;
Que el leon de que los vió,
Muy enojado y sangriento,
A los tres despedazó
En ménos que dura un credo
Rezado en latin, y el otro
Aunque vivo, casi muerto;
Mas Doña Ines lo libró
Que hiciera con él lo mismo,
Porque era Don Federico
Y lo conoció al momento;
Do cupo en su sangre noble
Aquel refran verdadero,
Porque ella la mala obra
La pagó con buen extremo.
Dió él luego vuelta á palacio
Con mentiras y embelecos,
Diciendo que un jabali
Le mató los compañeros,
Y que él con cinco heridas
Se subió encima de un cerro,
Y que de allí se libró
De aquel monstruo soberbio.
En el día señalado
De la Encarnacion del Verbo,
Se apareció á Doña Ines
La Virgen de los Remedios
Alegando plantas, flores,
Riscos, montes y desiertos.
Diciéndola: — Dios te guarde,
Hija; ya llegó el tiempo
De que dejes este sitio
Y te vayas á tu pueblo;
Curarás allí tu esposo,
Que días há que está enfermo,
Y tambien á tu cuñado
Que las heridas vertiendo
Todavía le echan sangre,
Y perdónale los yerros.
El leon que te ha traído
El cotidiano alimento,
Ha sido por mí mandado;
Que así pago cuando quiero,
Preservando á mis devotos

D'este y semejantes riesgos.—
Con esto la dió la Virgen
Un vasito muy pequeño
Lleno de bálsamo heróico,
Como bajado del cielo,
Quedándose Doña Ines
Metida en un pasajero
Camino que va á Lisboa,
Con su báculo y sombrero,
Y peregrinando llega
A la ciudad en breve tiempo,
Adonde en ella curó
Muy grande copia de enfermos,
Sin que el bálsamo precioso
Se menoscabara un pelo.
Toda la ciudad se admira
De la peregrina, viendo
Los enfermos que curaba
Tan consumidos y secos,
Y luego los veían sanos
Dentro de muy breve tiempo.
Va la nueva al general
Don Alejandro Sarmiento,
Que estaba ya desahuciado
De los libros de Galeno,
Y juntamente su hermano.
Al instante previnieron
Un coche con cuatro mulas;
Salen por la ciudad ciegos
Buscando la peregrina:
Preguntando á todo el pueblo,
Vinieron á dar con ella
En un dichoso convento
De las monjitas descalzas,
Que estaba con santo celo
Curando á las religiosas
De tabardillos molestos.
Entre dos comendadores
En el coche la metieron;
Dan la vuelta á palacio,
Y visitando al enfermo,
Tomándole el pulso, dice:
— Diga, señor caballero,
¿De qué pende esa dolencia?—
El dice: — De sentimiento,
Y de un gran dolor continuo
Que desecharlo no puedo.—
Entonces ella responde:
— ¡No es mucho ese sentimiento,
Ni aqueese dolor es tanto,
Pues que del no se ha muerto!—
Apénas le echó en los labios
Aquel bálsamo supremo,
Se levantó dando gracias
Al divino Padre eterno.
Queriendo tomar la puerta,
Atajáronla los vientos,
Diciendo: — Téngase, señora,
Que hay que curar otro enfermo.—
Entonces ella responde:
— Por mi vida que no puedo
Detenerme ni un instante,
Ni á curarlo me atrevo,
Si en público no confiesa
Todas sus culpas y yerros.—
Dijo el enfermo que sí,
Que estaba ya casi muerto,
Y le huelen las heridas
Como trescientos mil perros.
Mandó juntarse la gente
De sus parientes y deudos,
Hasta los mismos criados
Que en palacio están sirviendo:
— A todos pido perdón,
Pero á mi hermano primero.—
El hermano le perdona
En aquel mismo momento.
— Hermano y señor, tu esposa
Era una joya sin precio,

Era una arca de esmeraldas,
Ejemplo de los ejemplos,
Dechado de las mujeres
Y espejo de los espejos;
Y yo, tan vil criatura,
Quise ofender su respeto,
Y por querer ofenderla
Me tuvo seis meses preso,
Y yo por vengarme de ella
La levanté el falso enredo.—
Don Alejandro, que escucha,
Echó mano al fuerte acero.
Diciéndole: — ¡Vil hermano,
Atrevido y desatento,
Por haberte perdonado
En tu sangre no me vengo!—
Entonces la peregrina
Le fué untando con los dedos
Las heridas, y al instante
Se levantó todo bueno.
Grande copia de doblones,
Que pasaban de trescientos,
La dan á la peregrina,
Y ella haciendo menosprecio,
Dice: — Guarde las monedas,
Quiten allá ese dinero.
Que quizás les hará falta
Para sustentar los negros.—
Mas con cuidado miraba
El Don Alejandro atento
El rostro á la peregrina,
Y el traslado de su pecho;
Viendo que era todo uno,
Se abrasó en vivos incendios.
La dice: — Señora mía,
¿De qué patria ó de qué reino
Es usted, aunque perdone?—
Ella con suaves ecos
Le responde: — Señor mío,
Yo soy de todos los reinos,
Vecina de todo el mundo,
Y á mi me llaman por eso
La Peregrina doctora;
Sin interes del dinero,
La que curó á su marido
Y á su enemigo protervo.—
Entonces Don Alejandro
La dió un abrazo muy tierno,
Y conoció que es su esposa
Aquel hermoso portento.
Toda la ciudad se admira,
La gran maravilla viendo:
De puro contento lloran,
Y parece un jubileo
De damas y de galanes
Y parientes que acudieron,
Que en el palacio no caben,
Sabido este suceso.
En la ciudad de Lisboa
Hacen fiestas y torneos,
Toros y juegos de cañas,
Comedias y pasatiempos.
A Don Federico casan
Con otro retrato mesmo,
Hermana de Doña Ines,
Doña Elvira de San Diego,
Quedando Don Alejandro
Próspero, alegre y contento
Con su esposa Doña Ines,
Rosa, clavellina, espejo,
Peregrina montañesa,
La que estuvo en el desierto,
La que libró á su enemigo
De manos del leon fiero.
Con esto acaba la historia,
O a queste breve compendio,
De la mujer mas heroica
Que se ha visto en tales riesgos;
Y la Virgen nuestra Madre

La libró de los perversos,
Cubriéndola con su manto,
Poniendo al demonio freno,
Que siendo devota suya
La libró del desconsuelo.
(La Peregrina doctora, etc. Pliego suelto.)

1271.

LISARDO EL ESTUDIANTE DE CÓRDOBA.—I.

(Anónimo⁴.)

Escucha, Carlos, mi historia,
Si no te enfada el oír
Por lo extraordinaria y larga,
O por no menos prolija
Que triste en su confusion,
Pues ella será vestida
De repetidos asombros,
Siempre anunciando desdichas.
Mi nombre propio es Lisardo,
Córdoba la patria mía,
Y tierra donde mis ojos
La primera luz veían.
En esta ciudad criéme
Con las costumbres debidas
Y estilos mas bien versados
Que hay en la caballería;
Y despues que hube estudiado
Hasta la filosofía,
Llegué á la edad mas perfecta
De mis años, pues cumplía
Diez y siete primaveras,
Cuando mi padre sentía
Que andaba mal divertido,
Con que al instante me envía
A estudiar á Salamanca
Fletándome la partida
Con dineros, y un criado
Que llevé en mi compañía;
Y dentro de breve tiempo
A los muros dimos vista
De Salamanca; entré en ella,
Descansé, y al otro día
La universidad visito
De las escuelas antiguas,
Donde estudiantes concurren
De toda la monarquía.
Tres años cursé las leyes,
Siendo rayo en la porfía
De conferir competencias,
Dándole á todo salida;
Y con esto en la ciudad
Ya todos me conocían.
Adquirí muchos amigos
De mi propia jerarquía,
Y entre estos mi voluntad
Solo á uno prefería,
Cuyo nombre era Don Claudio,
En amistad tan crecida,
Que tú por tú nos hablamos.
Claudio una hermana tenía,
Llamada Doña Teodora,
De virtudes tan crecidas,
Discrecion tan recatada,
Que de sus ojos las niñas
Jamás levantó del suelo,
Siempre de Dios asistida.
Robóme su amor el alma,
Quedando yerto y sin vida.
Desde el punto que la vi
Era una hoguera encendida
Mi pecho, un volcan ardiente,
Y aunque me hallaba á la vista
De Teodora, nunca pude
Hablarle sino es por cifras,
Y ella honesta y sonrojada
Se hacia desentendida,
Bien por temor de su hermano,

O por rigor de dos tías,
Que son las que la criaron
Y á su cargo la tenían.
Quise pedirla á su hermano,
Y me dieron la noticia
De que estaba para monja
Dedicada y dirigida.
Apénas tan tristes nuevas
Adquirí, cuando mis dichas
Se desplomaron al suelo,
Quedando desde aquel día
Descuadernado de insultos,
Desvelado de fatigas,
Hostigado de congojas,
Y en fin sin norte y sin guía,
Hasta que tuve ocasion
Por una criada misma
De la casa de Teodora,
Que humilde y compadecida
De mí, se determinó,
Por un postigo que había,
A darme entrada una noche.
De algun interes movida
Me hizo franca aquella puerta,
Y con huellas no sentidas
Armé de valor el miedo,
Subí una escalera arriba.
Llegué al cuarto de Teodora,
Y á la luz de una bujía
La víde estar inclinada
A un libro, donde leía,
Tan embebida en extremo,
Que hasta que la sombra mía
Le hizo se recordase,
No sintió quién la impedia.
Quitó del libro los ojos,
Y temblando, estremecida,
Fué á hablarme, pero no pudo:
Yo entonces, — Señora mía,
Le dije, no os asustéis,
Que vuestro honor no peligrá,
Que nunca está mas guardado
Que ahora, que le cobija
Sangre noble; mas no es tiempo
De que mi descargo os diga,
Cuando miro los temores
Cercados de mi osadía.
Contemplo tambien los riesgos
Que os ofuscan y fatigan,
Y así disculpen mi arrojé
Aquesta llama encendida,
Aqueste amor abrasado
Que tanto hácia vos me inclina.
Mil veces mis tristes ojos
Os han dado la noticia
Que con el alma os adoro,
Y á todo desentendida
Os habeis hecho, sin dar
Señas de correspondida;
Y si al entrar religiosa
Vuestra pasión os dedica,
No quiero servir de estorbo,
Que en el estado que sigas
Gustoso seré en serviros
Con el alma mientras viva,
Con pensamientos honestos.—
En tanto que le decía
Todas estas expresiones,
Teodora volviendo iba
Del susto, terror y espanto,
Y al aire un suspiro afirma,
Y deshojando el clavel
De sus labios, me decía:
— ¡Ay Lisardo! ¿quién pudiera
El dar á tu amor cabida
Sin romper obligaciones
Del voto que ya me obliga!
Mira mi recogimiento,
Mira el fervor que me anima,

Mira tambien la palabra
Que á Dios tengo contraída;
Y pues eres entendido,
No me inquietes, vida mía.
¿Para qué hemos de engolfarnos
Donde esperanzas no hay vivas,
Sino es de muertos deseos?
Y mañana en aquel día
Sabes que voy á un convento
Con voluntad libre y fina.
Galantea otra hermosura
Que te pague con caricias,
Pues de mí no has de sacar
Mas que el ser te agradecida.—
Y diciendo estas razones,
Con ruegos me encarecía
La deje sola, y me salga
De la casa, pues sentía
No recordase su hermano.
Viendo que razon tenía,
La obedeci luego al punto;
Confuso me despedía,
Bajo al jardín, siento ruido
De armas, y que decía
Una voz: — Abrid, matadle.—
Tendí la vista, y veía
En la puerta un embozado,
Y al ver que no parecía
La criada, discurrí
Alguna traicion urdida.
Entre confuso y turbado,
Con mi espada prevenida,
Salí á la calle de un vuelo,
Y mi contrario decía:
— No es puesto seguro este
Para reñir, — y partía.
Tiró delante y seguile;
Dispuesto me apercibía
Resuelto á lo que saliere,
Y acelerados, con prisa
Fuimos travesando calles,
Y al cabo de ellas había,
Ya fuera de la ciudad,
Unas paredes hundidas,
Un sitio tan tenebroso,
Que horrorizaba aun de día.
A mí se volvió, y me dijo
Con voz profunda y sentida:
— Aquí han de matar un hombre:
Lisardo, enmienda tu vida,
Repara bien lo que haces,
Y no vivas tan aprisa.—
Esto dijo, y al instante
Como sombra oscurecida
Desapareció: ya puedes
Ver cómo yo quedaria,
Dejándome tan helado,
Que allí acabara la vida,
Y juzgo me hallaran muerto,
Si con su mente divina
Dios no me hubiera librado.
¡Oh Providencia infinita!
¿Cuál es la misericordia
De tus entrañas benignas!
Pues sin bastarme los bríos,
Mi cuerpo en tierra caía,
Desaliñado el semblante,
Interpolada la vista,
Angustiado el corazón;
Que en los temores la prisa
Siempre ha sido perezosa;
Mas cobrando nueva vida,
Desamparé poco á poco
El puesto de mi ruina.
Todo cubierto de sombras,
Con mortales agonías,
De mi posada las puertas
Toqué, y de pronto me abría
Mi criado, y conociendo

Cuán sobresaltado iba,
Preguntándome la causa,
Le di de todo noticia,
Por tener de él confianza;
Que las penas repetidas
Comunicadas son ménos,
Si hay quien ayude á sentirlas.
En fin, pasé aquella noche
Con desvelos, y á otro día
Teodora entró en el convento
Con la ostentacion debida,
Con el honroso aparato
Que la ocasion requería.
No quisiera ser molesto;
Pero tu atencion me obliga.
Perdóname, amigo Carlos,
Mi limitada osadía,
Que aquí cesa aquesta historia,
Mientras que se fortifica
Y corrobora el discurso,
Para que adelante siga
Con segunda relacion
De otras penas mas crecidas.

(Lisardo el estudiante, etc. Pliego suelto.)

4 El doctor Don Gaspar Lozano Montesinos incluyó esta interesante novela en su célebre libro intitulado *Soledades de la vida y desengaños del mundo*. Aceptada por un siglo creyente, se hizo tan popular, que apenas había un español que no la supiese de memoria, y que no se apoderase de ella para leerla en el libro ó en los romances. Todavía he visto en las villas y aldeas erizarse los cabellos á las gentes sencillas cuando consideraban á Lisardo el estudiante presenciando en vida sus propios funerales, con que las ánimas del purgatorio le pagaban su devoción á ellas, procurando convertirle á Dios y reducirle á la virtud. El mundo moral y místico, en que nuestros antepasados transformaban el real y físico, era un medio seguro de contener los malos instintos y pasiones del corazón humano; eran el estímulo de la caridad cristiana; eran la policía espiritual que, sin el aparato de la fuerza bruta, hacía la conciencia del católico juez severo de las acciones criminales, y aun el ejecutor íntimo del tormento que el malvado empezaba á sufrir antes de apartarse de la vida. Y ahora, ¿qué nos queda capaz de refrenar las pasiones? El verdugo solo, las prisiones, los presidios para el miserable; la impunidad para el poderoso que goza de las riquezas mal adquiridas, de los crímenes cometidos, sin temor de la justicia divina. Pero esta vela sobre sus derechos imprescriptibles, y el pobre, irreligioso, amenaza al rico, ateo. Pues qué, ¿acaso el pecho endurecido que desprecia la caridad evangélica, que solo socorre al miserable en proporcion de los goces materiales que le rinde; que le abandona cuando no le sirve ya, tendrá derecho á exigir, del que sufre, la resignacion religiosa que destruyó en su alma por su dureza?

1272.

LISARDO EL ESTUDIANTE DE CÓRDOBA.— II.

(Anónimo.)

Después que hubo Teodora
Logrado tan santa vida
Y estado de religiosa,
Modesto anduve unos días,
Disimulando mi pena
Le hacía algunas visitas,
Ya en público, ya en secreto;
Pero con tal modo iba,
Que jamás causé recelo
De las sospechas antiguas.
Cuatro meses se pasaron
Reiterando esta porfía,
Hasta que tocó el demonio
El clarín de la lascivia,
Que con espanto y denuedo
Dejó á Teodora vencida,
Toda embebida en deseos,
Toda en celos sumergida,
Y otras muchas apariencias
Que el demonio le ponía.
Ya sin poder reportarse
Me llamó y me dijo un día:
— Lisardo mío, ya es tiempo,

Que me tiene tan sin vida
Un ejército de celos,
Un tropel de ansias prolijas,
Un lago de pensamientos,
Que aunque quiero, no soy mío.
Tan tuya me constituyo,
Que si tú te determinas
A sacarme del convento,
Sin que el temor me desista,
Sin que el pundonor me estorbe,
Me arrojaré compélida
A los lazos de tu amor,
Y hallando en ellos cabida
Fletaremos nuestras bodas,
Ofreciéndote la vida,
Y mi mano juntamente,
Que es el triunfo de mis dichas.—
Le respondí:— Dulce dueño,
Amada prenda querida,
No quiero morir, creyendo
Con el donaire y la risa
Que me quieres engañar.—
Teodora me respondía:
— No es engaño, no por cierto,
Sino es que tu cobardía
Ya busca desaguadero
Para olvidarme.— Y aplica
Un lienzo blando á los ojos,
Que rasados los tenía
En lágrimas, y entendiendo
De que no era fantasía
Y sueño lo que escuchaba,
Le dije:— Teodora mía,
Desde luego me consiento
Ya en hacer cuanto me pidas.—
En fin, trazamos el medio
De que una noche yo había
De ir á escalar el convento,
Y ordenar nuestra partida.
Llegó la aplazada noche,
Que no tardó su veuida;
Me armé lo mejor que pude,
Y sin llevar compañía,
Tocando el reloj las doce,
Al monasterio partía
El mas contento del mundo,
Sin advertir las ruinas
Y desdichas que me aguardan.
¡Ay amor, á lo que obligas!
Llegué á las últimas calles,
Donde asombrádomes había
La primera vez, y apenas
Llegué, como que sentía
Un silencioso ruido
De gente que ya venía
Siguiéndome las pisadas;
Pero andando á toda prisa,
Alargué el paso, y quedéme
Oculto tras de una esquina,
Y al emparejar conmigo
Uno, en alta voz decía:
— Si es Don Lisardo, matadle.
— Muera, muera, — respondían.
Moviendo un tropel de espadas,
Oigo una voz compasiva,
Que dice:— ¡Ay que me han muerto!
Y luego al punto partían
Huyendo los agresores,
Y en silencio ensordecida
Quedó la calle, y quedé
Que el alma se me quería
Salir del susto del cuerpo
Y de miedo que tenía,
Pues propiamente yo era
Aquel á quien muerto habían
A cuchilladas. No obstante,
Con la obscuridad que hacía
Eché andar, y á pocos pasos
Tropecé, ¡Jesus Maria!

Que vino á mis piés rodando
Un muerto, y por las heridas
Estaba vertiendo sangre,
Que al mirarlo conmovía
A dolor y á sentimiento.
Aquí ser verdad creía
Lo que juzgaba era sueño
De que en aquel sitio habían
De matar un hombre, ¡ay Dios!
Y mas cuando precedía
Verme en tanta desventura:
Con la lengua emmudecida,
Con los piés casi trabados,
Quise huir, y no podía:
Cuando miro de repente
Que un grande tumulto iba
Acercándose hácia mí,
Dije:— Si esta es la justicia,
Y me hallan con el muerto
En mis manos, ¿quién les quita
Que entiendan que yo soy reo,
Y por mas que me desista,
Me ordenen muerte afrentosa,
Sin tenerla merecida?—
Temeroso pues de dar
En semejante ruina,
Escapé, Dios sabe cómo:
Desde aquí fui á dar noticia
A Teodora de este asombro,
De este aviso, que me había
Hecho tragar tantas muertes,
Sin tener mas que una vida;
Cuando de impensadamente
Las campanas se tañían
Con tan lúgubres clamores,
Que en altas voces publican
La muerte del desdichado
A quien quitaron la vida;
Que estoy por certificaros,
Mas novedad se me hacía
Oír doble tan general
A tal hora, pues indica
Ser el muerto un gran sugeto
De autoridad esclarecida,
O ser accion infernal
Por extraordinario enigma.
Al compás de estos temores
Llegaba casi á dar vista
Al monasterio, y escuché
Que por la calle vecina
Oigo funerales voces
De un entierro que venía.
Encúbrome en un portal,
Y vi pasar en dos líneas
Un grande acompañamiento
De eclesiásticos, que iban
Puestos de sobrepelices,
Con sus hachas encendidas,
Con su cruz y manga negra
Delante, y no conocía
Yo á ninguno, con ir tantos
De facciones tan distintas.
Vi á la postre que llevaban
Entre cuatro, ¡qué fatiga!
A un difunto en un paves,
O féretro, y cubierto iba
Con una bayeta negra,
Que detras triste seguía.
Acabaron de pasar,
Y como me perseguían
A un tiempo tantos asombros,
Ya de puro miedo hacía
Valor, algo recobrado;
Y ya que llegando iba
Al monasterio, reparo
Que de la iglesia se vian
Entrambas puertas abiertas
Con mil luces encendidas,
Y todos entraron dentro.

Aquí ya desparavida
La mente, consideraba
De que si atras me volvía,
Aun mas peligros me estaban
Amenazando la vida.
En fin, mas muerto que vivo,
Con la sangre helada y fría
Llegué también á la iglesia,
Donde, tragando saliva,
Estuve en la puerta un rato
Si entraría ó no entraría,
Atendiendo desde allí,
Mirando la clerecía,
Que dividida en dos coros
Las exequias disponían.
Después que al difunto cuerpo,
En medio puesto lo habían
Cercado de muchas luces,
Le oí cantar la vigilia,
Y dije:— En cantos tan santos
No puede haber fantasía
De apariencias y visiones:—
Con que á entrar me resolvía.
Lo mas secreto que pude
Entré, y con agua bendita
Signándome muchas veces,
Ni un Pater-noster podía
Rezar, á causa que todos
Pusieron en mi la vista,
Clavándome con los ojos:
Por donde quiera que iba
No me dejaban ni un punto,
Y cuando me parecía
Que ya nadie me miraba,
Con recato y cortesía
Le pregunté al mas cercano
De los cantores que había,
Que quién era aquel difunto;
Y dió un suspiro y decía:
— Es Lisardo el estudiante,
De quien podréis dar noticias
Vos, como que sois el mismo.—
Aquí sí me acometían
Los verdaderos temores;
Aquí fueron las fatigas;
Aquí fué el tentarme el pecho
Por si herido me sentía,
Como suele acontecer.
A preguntarle volvía
A otro, á ver si concordaba;
Lo mismo me respondía:
A lo cual les repliqué
Mirasen lo que decían,
A los dos, que se engañaban,
Que yo de cierto sabía
Que no era Lisardo el muerto.
Aun yo acabado no había
De decir estas razones,
Cuando aquel que presidía,
Puesto en pié, dió una palmada,
Y por todos respondía,
Diciéndome:— Caballero,
Cuantos están á tu vista
Son almas del purgatorio,
Que ayudadas y asistidas
De la oracion y limosna
De Lisardo, agradecidas
Hemos venido á enterrarle,
Y á corresponder benignas,
Pidiendo á Dios por su alma,
Que de presente se mira
En duda de salvacion
Y en grande riesgo metida;
Y pues vos nos lo impedis,
Los oficios no prosigan,
Que así vos lo perderéis.—
Apénas esto decía,
Cuando matando las luces
Todos desaparecían.